

Bessie Head

Nubes de lluvia

Traducción de Elia Maqueda López
Prólogo de Ángeles Jurado Quintana



Capítulo 1

La pequeña aldea barolong se extendía hasta la valla de la frontera. Una de las chozas estaba construida tan cerca que una parte de la pared circular rozaba la alambrada. En el interior de esta choza había un hombre que llevaba allí sentado desde el amanecer. Estaba esperando a que se hiciera de noche, momento en el que intentaría cruzar el tramo de aproximadamente un kilómetro de tierra de nadie que lo separaba de la valla fronteriza de Botsuana y acceder así al espejismo de libertad que había al otro lado. Corría el mes de junio, era invierno y hacía un frío lacerante, y las piernas del hombre eran demasiado largas como para permitirle pasearse por el reducido interior de la choza. Cada media hora, el furgón patrulla de la policía fronteriza sudafricana pasaba a toda velocidad acompañado del lamento de la sirena, lo que le provocaba una sensación incómoda en el estómago.

Si sigo así, pronto tendré dolor de estómago, pensó.

Los nervios tampoco los tenía muy allá, ya que se le alteraban con facilidad debido a las contrariedades de la vida. De hecho, su fuero interno era un revoltijo caótico, oculto en gran parte por una fachada de serenidad y de una solitaria autosuficiencia. La única forma de notar dicha discordia interior era el gesto que hacía al apartar ligeramente el rostro, como si nadie pudiese llegar a ser su amigo o siquiera alguien digno de su confianza. Exceptuando este detalle, su

semblante era bastante agradable. A menudo lucía una expresión irónica. Su rictus habitual era el de una persona absorta y concentrada. Los pómulos, finos, alargados y bajos, lo identificaban como un miembro de la tribu xhosa o de la zulú.

Cerca de mediodía, cuando hubo un momento de sosiego de aquel lamento de las sirenas, el anciano propietario de la choza abrió la puerta y dejó entrar un haz de luz. Llevaba en las manos un cuenco humeante de gachas espesas. El hombre, para entonces, tenía ya un terrible dolor de estómago y la visión de la comida, en principio, no le agradó.

—¿Cómo estás, joven? —preguntó el anciano.

—Estoy bien —mintió el hombre. No le parecía digno admitir que tenía problemas de estómago.

—Te he traído un poco de comida —dijo el anciano.

—Gracias —respondió el hombre—. Pero ¿sería posible salir un rato y estirar las piernas? —Necesitaba deshacer los nudos dolorosos que sentía en el estómago.

—No es seguro —aseveró el anciano—. No puedo garantizar que no haya algún espía. Si te cogen aquí, esto dejará de ser seguro para los que vengan después. Y yo también iría a la cárcel.

El joven estaba doblado sobre la banqueta tallada en la que estaba sentado y el anciano pensó que quizá tuviese frío.

—¿Por qué no tomas un trago de brandy? —preguntó en tono comprensivo—. Conozco un sitio aquí cerca, puedo pedir que me traigan un poco.

El hombre levantó la cabeza, aliviado, y asintió. Sacó un billete de una libra y se lo dio al anciano. Este sonrió. Aún no había coincidido con un solo fugitivo que no necesitara un trago. Además, con un poco de brandy en el cuerpo pronto se arrancaban a hablar y a él le gustaba escuchar todo tipo de historias. Las almacenaba hasta el día en que pudiera tener la libertad de sorprender a toda la aldea con su vasto acerbo de

información acerca de los fugitivos. Cerró la puerta y se alejó arrastrando los pies. Se oía un murmullo de voces de mujeres y también música y canciones. Un niño rompió a llorar con fuerza. Los hombres se reían, y el hombre de la choza se sorprendió por un momento de que una aldea entera pudiera vivir con el lamento de unas sirenas que tantos nudos le habían formado a él en el estómago. Pronto, el anciano volvió arrastrando los pies de nuevo. Ahora que el alivio estaba al alcance de su mano, se fijó en cómo, una vez que el anciano abrió la puerta, las motas de polvo del suelo de tierra se levantaban, brillaban y bailaban a la luz del sol. No había traído solo el brandy, sino también otro cuenco de comida para él. A aquel joven en la penumbra le gustó que el anciano no cerrara la puerta, porque en cuanto hubo dado unos cuantos tragos cautelosos de la botella, pudo distinguir con claridad el patrón de la danza entrecruzada y leve del polvo iluminado por el sol. El ritmo lento y casi apasionante le aflojó los nudos del estómago y, casi inconscientemente, sonrió para sí al percibir el repentino y cálido destello de alivio que se expandió por su abdomen.

Al notarlo, el anciano dijo:

—Dime, joven, ¿cómo te llamas?

—Makhaya —contestó el hombre.

El anciano abrió los ojos de par en par, perplejo. Ni el sonido ni el significado del nombre le eran familiares. Las tribus que dominaban el norte del Transvaal hablaban tsuana.

—No conozco el nombre —declaró el anciano, sacudiendo la cabeza.

—Es zulú —dijo el joven—. Soy zulú. —Y profirió una risa sarcástica al pensar en que acababa de definirse como zulú.

—Pero hablas tsuana con fluidez —insistió el anciano.

El joven, ya bastante ebrio, habló con ligereza.

—Sí, los zulús somos así. Desde los días de Shaka, asumimos que el mundo entero nos pertenece; por eso nos preocupamos por aprender las lenguas de todos los hombres. Pero una cosa, anciano, a mí no me importan las cuestiones tribales. A mis padres sí, por eso me endosaron este nombre tan ridículo. Por qué no me llamarían Samuel o Johnson, si yo no sigo las tradiciones tribales.

—¡Jo! —exclamó el anciano, usando una expresión tsuana que denotaba sorpresa—. ¿Y qué tiene de malo la tribu?

—Podría pasarte toda una lista de quejas. Ahora no tengo tiempo para detenerme a exponerlas... —Hizo una pausa, intentando recopilar sus pensamientos entre la bruma de brandy que le nublabá ya el cerebro—. Makhaya —dijo—. Ese nombre tribal no me pega. Le vendría bien a alguien que se quedara en su país, pero me lo pusieron a mí y aún no he tenido un día de paz y satisfacción en toda mi vida.

—Eso es por la educación —declaró el anciano, asintiendo con gesto sabio—. No deberían haberte dado ninguna educación. Quitá esa pizca de educación y serás lo suficientemente feliz como para pedirle a tu madre que te busque una muchacha de la tribu y que os deje labrar la tierra. La educación es lo único que aleja a un hombre de su tribu.

La conversación amenazaba con derivar hacia una gran digresión sin sentido. Como buen relator de historias que era, el anciano la recondujo a los asuntos que importaban en aquel momento. ¿Por qué estaba allí el joven? ¿De qué huía? ¿Una pena de cárcel, quizá?

El joven lo miró con suspicacia.

—Acabo de salir de la cárcel —dijo. Cerró la botella de brandy y cogió el cuenco de gachas. Entonces, la ansiedad pareció asaltarle de nuevo, porque volvió a dejar el cuenco, rebuscó algo en el bolsillo interior del abrigo y sacó un trozo de papel. Encendió una cerilla y quemó el papel. Luego

cogió el cuenco de gachas y no dijo una sola palabra más. El anciano tuvo que sacar sus propias conclusiones. Quizá los trozos de papel y las penas de cárcel eran una única cosa en la cabeza del joven. ¿Por qué había dado tal respingo al pensar en ese trocito de papel? ¿Y qué era toda aquella diatriba acerca del tribalismo? ¿Qué pasaba con el hombre blanco, el único enemigo reconocido de todo el mundo?

—¿Y no tienes quejas acerca del hombre blanco? —preguntó el anciano, tratando de sonsacar algo de información de aquella boca cerrada a cal y canto.

El joven se limitó a apartar el rostro ligeramente, aunque una sombra de risa bailó en sus ojos.

—Ah, ya veo —dijo el anciano, fingiendo decepción—. Huyes del tribalismo. Pero ante ti tienes el peor país tribal del mundo. Los barolong somos vecinos de los botsuanos, pero no nos llevamos bien con ellos. Son unos zoquetes que no piensan más allá de esta puerta. El tribalismo, para ellos, no es más que carne y bebida.

El joven se echó a reír.

—Vamos, señor —dijo—. Solo quiero pisar tierra libre. No me importa la gente. No me importa nada, ni siquiera el hombre blanco. Quiero sentir lo que es vivir en un país libre; quizás entonces algunos de mis demonios se corrijan solos.

El lamento de las sirenas acercándose sonó de nuevo. Una vez hubieron pasado de largo, el anciano salió de la choza y cerró la puerta tras de sí. Makhaya se quedó a solas con sus pensamientos y, al ver que amenazaban con atormentarle, siguió nublándolos con un poco de brandy que bebió directamente de la botella.

El sol se ponía temprano en invierno y para las siete ya era noche cerrada. Makhaya se preparó para cruzar en dirección al trozo de tierra de nadie. Las dos vallas fronterizas consistían en sendas alambradas de espinos, fuertes y tensas, de

más de dos metros de altura cada una. Esperó en la choza hasta que oyó pasar el furgón patrulla. Entonces se quitó el pesado abrigo que llevaba puesto y lo guardó en una gran bolsa de piel. Salió de la choza y lanzó la bolsa por encima de la valla, agarró el alambre con firmeza y saltó al otro lado. Recogió la bolsa y corrió todo lo deprisa que pudo hasta alcanzar la segunda valla, donde repitió la maniobra. Ya estaba en Botsuana.

En su ansiedad por alejarse lo más rápido posible de la frontera, apenas notó el intenso y penetrante frío de la noche helada. Corrió durante casi media hora ciego, sordo y ajeno a todo excepto a su mayor miedo. El lamento de la sirena le hizo pararse en seco. Sonaba cerquísima y temió que su ritmo atronador lo hubiese delatado. Pero las luces del furgón pasaron de largo y supo, por la frecuencia de paso de la patrulla a lo largo del tortuoso día, que tenía otra media hora de seguridad por delante. A medida que se relajaba un poco, se dio cuenta de que había estado aspirando enormes bocanadas de aire helado y que los pulmones le ardían de dolor. Sacó el grueso abrigo de la bolsa y se lo puso. También dio varios sorbos con cuidado a la botella de brandy y después prosiguió su camino aminorando el ritmo.

No había dado más que unos pocos pasos cuando volvió a detenerse en seco. Por todas partes se oían sonidos de cascabeles, miles y miles de cascabeles que tintineaban sin parar con un ritmo resuelto y monótono. No obstante, no había ningún ser vivo a la vista que explicara de dónde provenía el sonido. Estaba seguro de que tanto a su alrededor como delante de él no había más que árboles, matas de espinos que le rasgaban la ropa cada vez que las rozaba. Pero ¿cómo se explicaba entonces aquel sobrenatural sonido de cascabeles en un páramo aparentemente yermo?

Dios, me estoy volviendo loco, pensó.

Elevó la mirada hacia las estrellas. Estas parpadeaban levemente, en silencio. Incluso acertó a distinguir la disposición de las estrellas que formaban las constelaciones meridionales. Si su mente sufría un desorden a causa de la tensión de aquel día, ¿no debería ver las estrellas desordenadas también? ¿No debería verlo todo desordenado una persona que hubiese perdido la razón? Sacudió la cabeza, pero los cascabeles prosiguieron su monótono y rítmico tañido. Conocía historias horribles acerca de círculos tribales y chamanes que celebraban sus ritos macabros por las noches. Pero los chamanes eran humanos y nada debía temerse de los seres humanos, por extraños y perversos que fueran. El hecho de considerar aquello como una explicación factible a los cascabeles le devolvió el equilibrio y continuó su camino, alerta por si veía las hogueras o las chozas de los chamanes.

Pronto vio un fuego entre los matorrales, un atisbo de luz en aquella abrumadora oscuridad. Avanzó hacia él y, a medida que se acercaba, el chisporroteo parpadeante alumbró la forma de dos chozas de barro y las siluetas de una mujer y una niña. Fue la mujer quien levantó la vista al percibir el ruido de los pasos que se acercaban. Él se quedó quieto, pues no quería asustarla. Parecía muy mayor. Tenía los ojos pequeños y completamente hundidos entre las arrugas del rostro. Junto a ella había una niña de unos diez años que mantenía la cabeza inclinada mientras hacía dibujos distraídamente en el suelo con un palo. El joven saludó a la anciana en tsuana; por educación, la llamó «madre» y empleó un tono suave y tranquilizador.

Ella no le devolvió el saludo. En lugar de eso, exclamó:

—Sí, ¿qué quieres? —Su voz era chillona, aguda y descontrolada, y le desagradó de inmediato.

—Busco refugio para pasar la noche —dijo él.

Ella guardó silencio y siguió mirando fijamente en la dirección de donde provenía la voz. Después volvió a hablar con aquella voz chillona:

—Seguro que eres uno de esos espías del otro lado de la frontera.

Como él no contestaba, la anciana se agitó y levantó aún más la voz.

—¿Por qué si no ibas a estar vagando por aquí de noche, si no fueras un espía? Todos los espías del mundo vienen a nuestro país. ¡Seguro que eres un espía! ¡Eres un espía!

Los gritos lo pusieron nervioso. La frontera estaba aún muy cerca y en cualquier momento pasaría el furgón patrulla.

—¿Cómo puedes avergonzarme así? —preguntó con voz queda y desesperada—. ¿A las mujeres en tu país os enseñan a gritar a los hombres?

—No estoy gritando —chilló ella, aunque en voz un poco más baja. Las palabras de él, así como su tono consistentemente suave, estaban empezando a impresionarla.

—Vaya, pues mis oídos deben de estar engañándome, madre —dijo él, divertido—. Dime si puedes ofrecerme o no refugio. No soy ningún espía. Solo me he perdido en la oscuridad.

La anciana de mirada fija no vaciló un ápice. Respondió en tono cortante:

—Tengo una choza libre. Puedes usarla, pero solo esta noche. Tendrás que pagarme. Quiero diez chelines.

Estiró una mano vieja y arrugada, fría y curtida por años y años de trabajo. Él avanzó hacia el fuego y le tendió un billete de diez chelines. La anciana cogió una banqueta pequeña que tenía detrás y le dijo:

—Siéntate aquí. La niña barrerá la choza y te pondrá unas mantas.

La niña se levantó obediente y se encaminó hacia una de las chozas. Él se sentó enfrente de aquel monstruo ordinario y hosco que seguía mirándolo fijamente. El lamento de la sirena sonó de nuevo, muy cerca, casi detrás de ellos. Le sostuvo la mirada a la anciana con calma.

—Sé que eres un espía —dijo ella—. Estás huyendo de ellos.

Él sonrió.

—A lo mejor solo quieres molestarme. Pero, como ves, no me molesto con facilidad.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—Del otro lado de la frontera —contestó él—. Tengo un contrato para empezar a trabajar en este país mañana.

—¿Por qué no has venido en tren? —preguntó, suspicaz.

—Es que mi hogar está muy cerca, en la aldea barolong —mintió.

La anciana giró la cabeza y escupió en el suelo, resumiendo así de forma elocuente lo que pensaba de él. Luego apartó la cabeza como si lo hubiese expulsado abruptamente de sus pensamientos. Los cascabeles seguían tintineando.

—¿Para qué son esos cascabeles? —preguntó él.

—Los atan al pescuezo del ganado mientras pastan libremente en el *bush* —respondió la anciana.

No eran más que cencerros, y él se avergonzó al pensar cómo se había asustado. Sintió ganas de reírse en alto y para evitarlo trató de entablar una conversación relajada:

—No tengo ganado. Supongo que los cencerros son para poder localizar a las reses si se pierden, ¿no?

—Claro —dijo ella en tono despectivo—. El ganado se aleja a mucha distancia para pastar.

Mientras hablaban, la niña había vuelto junto al fuego sin hacer ruido. Casi sin darse cuenta, miró en su dirección y se sorprendió al ver que lo miraba fijamente, con los ojos de

par en par. Había algo en ella que no le pareció en absoluto infantil y eso no le gustó. Miró de nuevo a la anciana. Esta volvía a observarlo con intención y le pareció ver un destello en sus ojos viejos y hundidos.

Dios mío, pensó, menudo par de buitres.

—¿Ya está lista la habitación, madre? —preguntó en voz alta.

La anciana se giró sin más y señaló una de las chozas. Él se levantó de inmediato, aliviado ante la perspectiva de librarse de su desagradable compañía. Encendió una cerilla para entrar en la choza oscura. Parecía un cobertizo. En un rincón vio una enorme cesta de grano, y varios recipientes de barro cocido circundaban la estancia. Habían hecho un hueco en el suelo y lo habían cubierto con varias mantas amplias y cuadradas, confeccionadas con pieles de animales. Prendió otra cerilla para ver bien dónde iba a dormir. Al tacto parecía un terciopelo grueso y suave, un montón de mantas cosidas con las pieles de cientos de animales salvajes. Se limitó a quitarse los zapatos y el abrigo, que se echó por encima de las mantas para abrigarse aún más. La cama bien valía diez chelines, pues le resultó muy cálida.

Se tumbó bocarriba y miró fijamente hacia la oscuridad, demasiado tenso como para dormir. Un buen trago de brandy lo habría dejado fuera de juego, pero no se atrevía a tocarlo. No se fiaba de la vieja arpía. Parecía saber demasiado sobre la frontera. ¿Qué le impedía ir hasta allí e informar a la policía? Podía sacarse un dinero, si es que también sabía eso. Le entraron sudores fríos al imaginársela en la valla, gritando al paso del furgón. ¿Y aquella niña y su terrible mirada carente de inocencia? Aguzó el oído y estuvo pendiente de cualquier movimiento. Durante un rato oyó el murmullo de una conversación, y luego apagaron el fuego. A continuación se abrió la puerta de la choza de al lado. La vieja arpía tosió un poco.

Hubo más murmullos y un breve silencio. Luego la puerta volvió a abrirse y supo que quien había salido era la niña porque la vieja arpía seguía tosiendo dentro.

Se quedó inmóvil mientras la niña abría la puerta de su choza, lentamente y con mucho cuidado, para luego cerrarla tras ella con el mismo cuidado. Se puso de rodillas sin hacer ruido y tanteó las mantas hasta alcanzar la cara del joven.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

Las manos se apartaron de golpe y se hizo un breve silencio; a continuación, la niña dijo:

—Ya sabes.

—No, no sé —repuso él.

Se quedó callada, como desentrañando lo que acababa de oír.

—A mi abuela no le importa siempre y cuando me pagues —dijo al fin.

—Vete —dijo él, avergonzado y humillado—. No eres más que una niña.

Pero ella se quedó allí sentada sin moverse. No podía soportarlo. Se incorporó, encendió una cerilla, sacó un billete de diez chelines y se lo dio.

—Aquí tienes el dinero —exclamó con brusquedad—. Ahora, vete.

Durante el breve resplandor de la cerilla, vio que la niña abría los ojos de incomprensión, pero finalmente cogió el billete y se marchó. Desde la otra choza, oyó la explicación quejumbrosa de la niña y la reacción sorprendida y escandalosa de la vieja.

—¿Pero te ha dado el dinero a cambio de nada? —preguntó, fuera de sí—. ¡Es un milagro! ¡Nunca había conocido a un hombre que no viese a una mujer como un regalo de Dios! ¡Debe de estar loco! ¡Todo este tiempo he sabido que estaba loco! ¡Cerramos la puerta para protegernos del loco!

Qué mujer tan repugnante, pensó él, y cuán inocente era en su maldad. Había conocido a mucha gente malvada a lo largo de su vida. Creía que se volvían así debido a la pobreza y a la opresión, y había pasado los dos últimos años en la cárcel con la certeza de que, de algún modo, una protesta ayudaría a arreglar el mundo. Una mentalidad como la de la vieja arpía era lo que arruinaba un continente entero... Esa especie de creencia tribal, ancestral y enquistada de que un hombre no era más que un órgano sexual siempre dispuesto, que no existía la intimidad del alma y del cuerpo, y que ningún hombre en sus cabales dudaría a la hora de abalanzarse sobre una simple niña.

Tenía hermanas, una de ellas casi de la misma edad que aquella niña, y varias algo mayores. Él era el primogénito y, según la tradición, debían dirigirse a él como *buti*, que significa «hermano mayor», y tratarlo con un respeto extremo. Cuando su padre murió, él cambió muchas cosas en casa. La primera fue que sus hermanas se dirigieran a él por su nombre de pila y se relacionaran con él como iguales y amigas. Su madre protestó, pero él se limitó a preguntarle por qué los hombres debían ser educados con una falsa sensación de superioridad sobre las mujeres. La gente podía respetarlo si quería, pero solo si él se lo ganaba.

Debido a todas sus nuevas y extrañas ideas, la familia no había querido separarse de él. De hecho, había dejado a su madre absolutamente derrumbada y, aunque en el momento había fingido no inmutarse ante sus lágrimas y sus suspiros, aquella era la razón por la que había bebido brandy toda la tarde. Sus motivos para marcharse eran muy simples: no podía casarse y tener hijos en un país donde a los hombres negros los llamaban «chico», «perro» y «negro». El continente africano era grandísimo y a él, sencillamente, le apetecía salir de una parte que consideraba mental y espiritualmente

muerta por culpa de la perpetuación constante de falsas creencias.

Puede que esto me guste, fue su último pensamiento antes de caer en un sueño profundo y exhausto.

Aún no había amanecido cuando se levantó y se fue de allí. A la luz débil del alba, vio una pequeña vereda que se alejaba de las chozas; como iba en dirección norte, lejos de la frontera, decidió seguirla con la esperanza de que lo llevase a alguna parte.

Al principio nada se movía a su alrededor. Estaban solo él, sus pasos y la vereda serpenteante. Incluso la salida del sol lo cogió por sorpresa. De alguna forma, siempre se había imaginado el sol sobre las colinas, iluminando los valles y despertándolos. Pero allí la tierra era llana y el sol se arrastraba por el suelo en largos haces de luz dorada; no dejaba de empujar la oscuridad que se arremolinaba alrededor de los árboles. De repente, el sol salió sin enredo alguno, una única esfera blanca y palpitante que barrió de golpe los últimos restos de la noche. El amanecer fue tan repentino y brusco que las aves se vieron obligadas a fingir que llevaban despiertas todo aquel tiempo. Rompieron todas a un tiempo en un clamor agudo y penetrante, miles de ellas. A pesar del alboroto, resultaron ser pequeñas criaturas pardas con el pecho moteado y, al surcar el cielo azul oscuro, parecían una infinidad de insectos diminutos. En la profundidad del bosque vivían otras razas de aves más sigilosas, muy hermosas, de colores que iban desde un reluciente azul medianoche hasta el rojo escarlata, pasando por el dorado. A diferencia de sus hermanas parduzcas y estridentes, estas se llamaban unas a otras con trinos suaves y graves; parecían sentir curiosidad al oír sus pasos y, a menudo, cruzaban la vereda a toda velocidad por delante de él.

Me pregunto de qué vivirán las aves, pensó. La tierra a ambos lados de la vereda era de arena suelta y espinos. A

veces los espinos se elevaban en forma de árboles altos, de troncos rectos, rematados por un paraguas de ramas negras con formas exquisitas, pero en la mayor parte de los casos crecían a modo de penachos cortos y bajos, como hierbas salvajes. De sus ramas salían largas espinas blancas y solo en la base había racimos de hojas verde oliva. Y eso era todo. Hasta donde alcanzaba la vista, aquello solo era una vasta extensión de arena y matorrales, aunque, en cierto modo, de una belleza cautivadora. Quizá fuera porque lo confundía con su soledad. Quizá fuesen aquellas aves enloquecidas. Quizá fuera la forma en que la tierra se había ornamentado por un instante efímero con un breve despilfarro de oro. O quizá simplemente buscaba un país al que amar y había elegido lo primero que había tenido a mano. Pero, comoquiera que fuese, sin dilación y en silencio, decidió que toda aquella aridez y desolación equivalían a un hogar y que, de algún modo, había llegado al final de un viaje.

La estrecha vereda desembocó de repente en un amplio camino de tierra, y no había andado mucho cuando un camión apareció avanzando pesadamente tras él. Al igual que las aves de colores chillones, el conductor del camión también demostró curiosidad al ver tan temprano a un viajero. Detuvo el camión y preguntó:

—¿Vas a la estación?

—Sí —contestó Makhaya.

—Siempre es mejor salir temprano, el viaje es largo —dijo el hombre—. Pero has tenido suerte porque puedo llevarte.

Más tarde, bendijo al hombre en silencio. En camión el trayecto duraba dos horas y no vieron ni una sola choza ni ser vivo alguno. A pie le habría llevado todo el día. El único contratiempo del viaje fue que tuvo que inventarse una mentira tras otra. El conductor era hablador y no dejó de hacerle preguntas.

—¿Has ido a ver a tus parientes al *meraka*? —le preguntó.

La palabra «meraka» era desconocida para Makhaya; más tarde descubrió que significaba «corral de ganado». Pero contestó que sí.

—¿Y están bien?

—No —mintió—. Mi madre está enferma.

—¡Jo! ¿Y por qué no va al hospital?

—Es una anciana testaruda.

Aquello pareció hacerle mucha gracia al conductor del camión. Se rio con ganas.

—Ya veo. Pareces maestro.

—Lo soy —volvió a mentir Makhaya.

—¿En qué aldea enseñas?

—Ahora no ejerzo. He dimitido para montar una empresa.

El conductor lo miró con interés. Él ladeó la cabeza, incómodo. ¿Debía contarle que era un refugiado? Su experiencia de la noche anterior lo había vuelto desconfiado.

—Oye —prosiguió el interrogatorio el conductor—, ¿de qué tribu eres?

Él vaciló mientras pensaba cuál de las tribus septentrionales era la más cercana a los zulús.

—Ndebele —dijo.

—No te avergüences de decirlo —dijo el conductor del camión con gesto comprensivo—. Los extranjeros son bienvenidos en nuestro país.

Y así siguió hasta que Makhaya acabó agotado de tener que inventarse tantas mentiras. Casi lloró de alivio cuando el conductor del camión lo dejó en un cruce de vías y prosiguió su camino hacia un destino desconocido. Makhaya se detuvo un momento en el cruce para orientarse. A un lado había una aldea desordenada de chozas de barro, y al otro, la estación de tren. Apañados junto a la estación había varios edificios de ladrillo. Era un lugar de aspecto funesto, y el polvo parduzco

de los caminos y los senderos de tierra estaba por todas partes. Tenía mucha hambre, así que detuvo a un viandante y le preguntó dónde podía comprar algo de comer. El hombre señaló un restaurante de aspecto insalubre donde vendían gachas y un plato de carne hervida por un chelín. El letrado pintado en la fachada de aquella casa de comidas espantosa le hizo gracia. Rezaba así: HOTELA.

Como había entrado en el país de forma ilegal, tenía que informar a la policía, registrarse como refugiado y solicitar asilo político. De nuevo, un viandante le indicó cuál de los edificios de ladrillo era la comisaría de policía. El país estaba viviendo un primer año de soberanía política antes de alcanzar la independencia absoluta. Entró en un pequeño despacho en cuya puerta ponía «JEFE DE POLICÍA».

Un agente de la policía colonial británica estaba sentado detrás de una mesa sobre la que se apilaban un montón de papeles. Un cartel en la pared, que colgaba por encima de su cabeza, decía: EL TRABAJO ME FASCINA. PUEDO QUEDARME SENTADO OBSERVÁNDOLO DURANTE HORAS. Tenía un semblante agradable y atractivo, cejas arqueadas y ojos verdes. Como jefe de la comisaría que era, sin tener por tanto ningún superior a quien rendirle cuentas, desprendía una gran prepotencia. Miró a Makhaya impasible durante un rato hasta que al fin dijo:

—Por fin has venido.

Makhaya no podía deducir nada de aquel comentario, así que guardó silencio.

—Son más de las once, he retrasado mi hora del té por esperarte —dijo—. De hecho, estaba a punto de salir a buscarte. Siéntate, don Makhaya Maseko.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Makhaya, sorprendido.

—Lo sé todo —repuso con frialdad—. También quiero impresionarte para que no intentes ninguno de tus trucos

raros aquí. Puede que creas que este país es un remanso aislado, pero tenemos el servicio de inteligencia más eficiente del sur de África. También leemos la prensa.

Se inclinó y cogió un periódico que había sido arrojado desprecupadamente al suelo. La foto de Makhaya estaba en la portada bajo un titular: UN PELIGROSO CRIMINAL SE FUGA DE PRISIÓN.

—No soy peligroso ni soy un criminal —se defendió, molesto.

—Lo sé —dijo el agente—. Solo sueñas con serlo. Solo vas por ahí con papelitos donde describes lo que piensas hacer para volarlo todo por los aires.

Adoptó un gesto profesional mientras rebuscaba entre el desorden de su mesa, hasta que encontró un papel y un lápiz.

—Tendrás que contestar unas cuantas preguntas rutinarias —dijo. Hizo una pausa y añadió—: ¿Te cae bien Kwame Nkrumah?

La inesperada pregunta cogió desprevenido a Makhaya y se le escapó un automático «no» antes de pararse a pensar en lo que decía. El agente sonrió y se relajó, y volvió a adoptar un tono informal.

—Eso es todo —dijo—. Rellena este formulario y podrás irte.

Makhaya salió de la estancia sin saber qué hacer. Bastante cerca de la estación de tren había una oficina de correos. Alrededor de esta había una valla y un hombre estaba afuera de cuclillas. Estaba muy quieto y tenía una mirada serena y la vista perdida al frente, y parecía tan distinguido con su abrigo raído y sus zapatos de piel áspera que Makhaya le sonrió, avanzó hasta donde estaba y lo saludó. El anciano abandonó su mirada abstraída y giró un par de ojos amistosos hacia Makhaya.

—Eres un hombre sociable —dijo, sonriente—. ¿Eres extranjero?

—Sí —contestó Makhaya, y vaciló, sin saber qué más decir.

El anciano asintió con la cabeza como si lo entendiera todo.

—¿Estás perdido, quizás? —inquirió.

—Sí —repitió Makhaya.

—Pero, por tu aspecto y por tu forma de hablar, pareces un hombre culto —dijo, sorprendido.

Makhaya se rio.

—Los hombres cultos a veces también se ven en encrucijadas —dijo—. Un camino puede llevarte a la fama y a la gloria, y el otro, a la paz de espíritu. Yo busco el camino hacia la paz de espíritu.

Aunque el anciano guardó silencio, pensaba con rapidez. El joven era muy atractivo y él tenía una hija de talante complicado a la que quería casar antes de morir. Además, el discurso y las ideas del joven le interesaban. Finalmente, habló con gran cautela.

—La mayor parte del tiempo, los botsuanos vivimos en la naturaleza, en soledad. Nosotros estamos acostumbrados, pero no creo que tú pudieras soportarlo. ¿De dónde eres?

—De Sudáfrica —dijo Makhaya.

El anciano sacudió la cabeza.

—Ese terrible lugar —dijo—. Al buen Dios no le gusta. Este es el país de Dios.

—El país de Dios —repitió Makhaya, sorprendido.

—¿No lo sabías? —preguntó el anciano con un destello en los ojos—. Aquí Dios está en todas partes, no es ningún secreto. Nadie puede robarte nada, ni siquiera una moneda de seis peniques. Nadie puede luchar, ni siquiera para matar a un enemigo.

Makhaya guardó silencio mientras interiorizaba aquella extraña filosofía. Todo en el anciano le gustaba y este, al darse cuenta, dijo astutamente:

—¿Por qué no te quedas conmigo un tiempo, hijo?

—Pero no tengo apenas dinero —dijo Makhaya.

—Un hombre pobre como yo también puede ser hospitalario —dijo el anciano—. Además, están sucediendo muchas cosas en mi aldea y un hombre con una educación como la tuya puede arrojar un poco de luz.